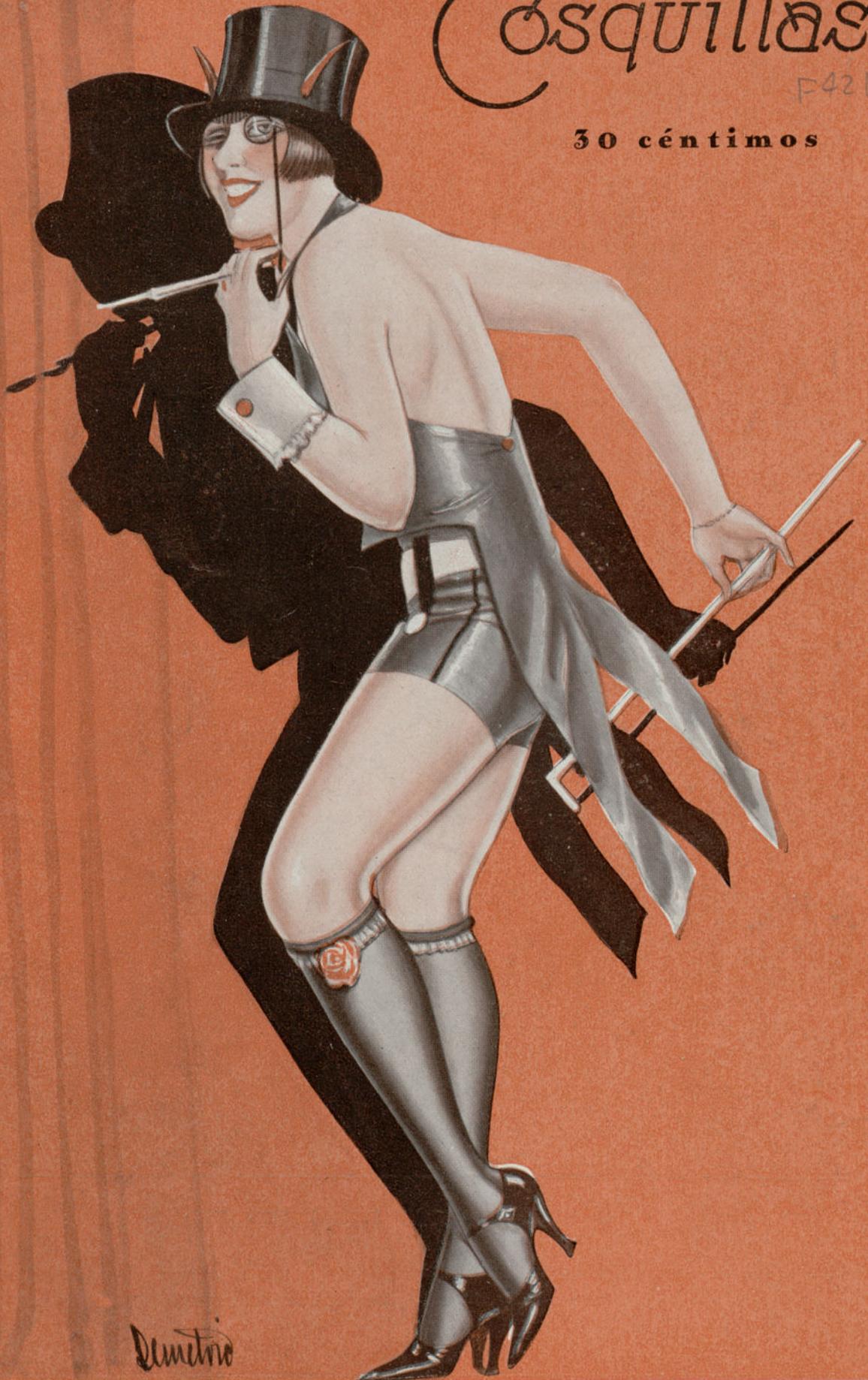


Cosquillas

F4219

30 céntimos



Uno de los figurines que Demetrio ha dibujado para la revista "Los cuernos del diablo", que se ha estrenado en el teatro Martín.

Biblioteca Regional de Madrid



LAS CONQUISTAS DEL FEMINISMO

La estupenda Miss Winifred nos demuestra que ella no pierde la línea y la feminidad, ni aun cuando fuma en una boquilla tan larga.

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL DE PUBLICACIONES Y EDICIONES, S. A.

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 23 de Abril de 1927

Núm. 30



DIAZ-ANTÓN

Las lecturas que prefieren las mujeres

por

“El Chino desconocido”

Como no tengo otra cosa de qué tratar y estoy acuciado por la necesidad de llenar este hueco, que para este menester me tienen contratado, como a tantos otros, que por obligación tienen que hacer lo mismo que yo, llenar el hueco, *es por esto* que yo les digo a ustedes que voy a tocar el asunto de las lecturas preferidas por la mujer. Bueno; yo voy a poner boca arriba las cartas de mi sospecha; me da el palpito de que sadoras de la opinión del sexo de enfrente están promovidas por Alvarito Retana para dirigirse a sí mismo ocho o diez mil respuestas femeninas favorables a su labor de novelista de cocaína con guisantes. Y aún voy más allá en mi sospecha; me da el palpito de que no solamente Alvarito se votará a sí mismo; ya saldrán media docena de novelistas de esos que aprovechan hasta

Este número ha sido revisado por la censura.

los ningitorios para escribir de su puño y letra: “Abelardo Gutiérrez, el gran conocedor del corazón femenino como de todas las vísceras de la mujer, hasta el punto de que se le puede otorgar el título de *casquero (i) de las damas*, ha escrito, con la maestría de que él solo es capaz, ¡me caso en diez!, una maravillosa narración, en la que a través de brillante relato se siente palpar el corazón de una mujer honesta, que, sin saber por qué, le pone los *esos* al marido unas once veces en cada capítulo.” De este jaez son muchas de las gacetas con las que el mismo autor se autobombee en los periódicos con el beneplácito general o, todo lo más, con la cobarde murmuración de todos contra todos.

Habrà *gachó* (porque a algunos novelistas no se les puede llamar de otra manera, sino *gachó* a secas) que, aprovechando el anónimo—salvaguardia con que se les brinda a las señoras—, incorpore a los directores de los diarios con un chaparrón de opiniones femeninas, en las que pongan de manifiesto que se derriren, cuando leen las novelas de él. Claro está como el *cafetín* que los administradores de esos mismos diarios van a tener que poner los mayores sobre la mesa para demostrar al director que mientras no hacen un asiento de entrada en sus libros en concepto de publicidad, él, el director, está regalando propagandas de libros, que si las tuviera que pagar el novelista le costaría el resultado de un cacareo de gallina al filo del medio día.

EL CHINO DESCONOCIDO.

(1) Tablajero o vendedor de despojos.



—La obra tiene cuatro actos, ¿no?
—Sí. ¿Qué le he parecido en los tres primeros?
—Admirable, aunque espero que me gustará usted más en el “cuarto”.

Dib. de Mijangos.



La fotografía de la guapísima Victoria Pinedo, que damos en la contraportada, es del mago de la fotografía y amo mío, el gran Walken.

INCÓRDIEZ.





Con dones puede arreglarse todo

Los ingleses son unos infelices. Nosotros lo habíamos sospechado a través de las figuraciones que nos han servido en el teatro nuestros más ilustres comediógrafos. El tipo del estrado y pei-rojo, con traje a cuadros, "salakof" y cierta propensión al retrucano "Muñozsequista" a base de fonética imperfecta, nos ha familiarizado con los hijos de la pérvida Albión, cuna, "honoris causa", de nuestros zapateros, de nuestros sastres, de nuestros proveedores...

"Inglés" e "infeliz" son sinónimos en el castellano de andar por casa, sin que baste a que modifiquemos los conceptos la conducta de los ingleses que no han sido controlados por Muñoz Seca o por Antonio Paso: La conducta, por ejemplo, de los gibraltareños, avezados a colocarnos sedas catalanas y tabacos argelinos como la quin-

taesencia de los productos orientales.

Pero, es el caso, que, para mantener en España la leyenda de incautos que les favorece, los británicos, de vez en vez, nos colocan historietas de una simplicidad encantadora y en las que ellos figuran como protagonistas. La última es el descubrimiento en Africa—según se baja, a la izquierda—, de una República que sería una novedad constitucional si no fuera popularísima entre los viejos españoles cierta piecicita intitulada: "La isla de San Balandrán".

Como en "La isla de San Balandrán", en la República recién descubierta por los ingleses las mujeres gobiernan el Estado y los hombres sufren la vergüenza de la esclavitud, sin que se les tolere no ya participar en los cargos públicos, aplicarse si quieren a las artes y las industrias, encomendadas, por indiviso, a las hembras que han sucesión en demasía, a las harto prolíficas, a las que dan a luz cada diez meses, si es que no se adelantan...

Las estériles gozan de todas las venturas. La esterilidad, es en esa República, un tesoro inapreciable. La reputación merced de la Divinidad y las mujeres y los hombres que acreditan su condición de estériles viven en parajes deleitosos y apartados, recibiendo los diezmos y primicias de los que tienen hijos.

Se trata—no hará falta decirlo—, de una región salvaje, donde no se tiene noticia de los progresos de la civilización septentrional.

Hombres y mujeres nacen, crecen, se multiplican y mueren a la pata llana y a salga lo que saliese. Radicando en las hembras la facultad de elección de sus esposos—llamémoslos así—, apenas un adolescente contonea su taparrabos bajo las palmeras del bosque es llamado por el Consejo de ancianas a cumplir su misión con una jovencita de su edad. Si la jovencita... "se deforma", pasa a la condición de trabajadora y su galán a la servidumbre más penosa. Si ella se limita a embellecer y él a quedarse flaco se organizan festejos en su honor y los sueltan en el paraíso de marras a vivir en perpetuo retozo...

Los ingleses llaman la atención del mundo civilizado sobre este caso absurdo—absurdo, dicen ellos—, y han formado una Liga para acudir en auxilio de los varones. Nosotros queremos suponer que será de los varones que gimen en la esclavitud y no de los que viven a sus anchas. Si estuviéramos en fondos contribuiríamos a la suscripción, en metálico o en especie, enviando—con dones apropiados al caso—, ropas, alimentos, artículos de piel y de goma, y, cuanto, en suma, pueda servir a nuestros semejantes africanos para defenderse...

Y hasta nos comprometeríamos a ir de misioneros para enseñarles lo que—¡pobrecillos!—, ignoran, por lo visto...

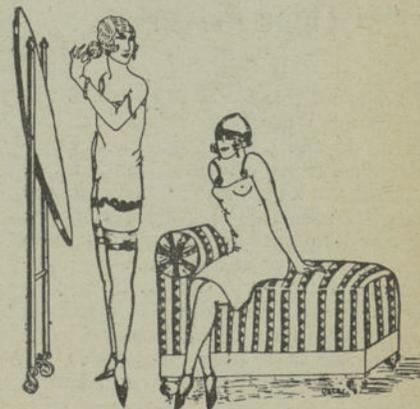
LEOPOLDO BEJARANO.



El marido.—Yo lo siento mucho; pero no tengo dinero para vestirme con el lujo que quieres.

Ella.—¡Pues no te querelles porque me desnude de vez en cuando!

Dib. de Soler.



—¿Y dices que son caros esos polvos? ¿Cuánto te cuestan?

—Hacer un cambio.

Dib. de Oscar.



EL ÚLTIMO GRITO, por Demetrio.

—¡Chica, no se qué hacerme original para este verano! Lo único interesante que he encontrado en esta revista, es un traje que se confecciona con tres confettis y una ramita de perejil.



Cosas de Belorcio

Fritz huye de las mujeres

—¿Esas tenemos, querido Fritz?
—¡Oh, sí, carramba. Yo ma estoy mu desengañaro de toras las hermosas muquerres...
—Pero tú tan enamorado, tan conquistador, tan... tan...
—Las dos.
—¿Qué dices?
—Que las dos... feses que yo ma he astaro enamorado toro yo, ma he sido moi mocho dasangañado de las fellas muquerres...
—Exageras, Fritz.
—Oh, yo no exagera nara apsolutamente... Yo está moi mocho pien, pasante anterrado de toro esto. Ferrás. Yo ma creo que la muquerr angaña siempre al hombre.
—¿Siempre?
—Siembre, sí. Yo tiene a esto ma moi mocho demasiado grande asperriencia, carramba. Yo ma sé una cosa de miobre canallerro badre...
—¿Tu padre?
—Sí mi badre, que sa astá toro él un hombre rashetable, también sa sufrió del dasengañao amorroso...
—Cuenta, cuenta.
—Ferrás. Fué gon la primerra novia que sa tuvo el bobresito. Una moi mocho hermosa muquer rubia toda ella con toro su nelo an risitos... Moi mocho dulce v aspiritual...
—Un encanto.
—Sí: un anganto de bresiosa muquer.
—¿Y qué le pasó a tu padre con su primera novia?
—¡Oh, moi grandes extraordinarias cosas tremendas! Ferrás. Al brimer mes que sa astaban an las rrelaciones, su nola sa le angomó gon un amigo...
—¿Se le engomó?
—Se la negó, quiere desir...
—¡Ah, sigue!
—Después se la folió a begarr gon un griado de mi puen cafallerroso badre, que antoneses también la berrdonó...
—Reincidente que era la pobre...
—Sí, moi mocho demasiado rainsidente... Giando sa la engomó por sexta fes, mi honrrado badre se astuvo al punto de romper sus relaciones gon ella. Berro ella le rriio tantas gosas y tantos de los jurramentos v tantas de las cucamelasmonas, que mi nople badre acabó tirándose a los bies y disióndola que la berrdonaba, berro que no le hisiese más de menos gon gente orrdinaria...
—No pedía mucho el pobre.
—Sin empargo, a los bocos días, sa

la esgapó con un moi mocho fornido luchador de la grecoromano que la habían dado bor herrcúleo un grande bremio al goncurso de Perlín...
—¿Sabes que era una cosa muy seria la primera novia de tu padre?
—Sí, es por esto que yo ma estoy dasengañaro del toro.

—Bien, pero eso no quiere decir nada. Son aventuras juveniles. Después viene el amor plácido, con la joven honesta y pura. Esas otras son aventureras del amor incapaces de hacer dichoso un hogar...

—¡Oh, gómo te estás aquifocado toro tú! Aquella brimera novia de el honrrado autor de mis noples días, también sa astuvo casada...

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Sí, hombre! Al pasarse el año de su última afeutura, sa casó...

—¿Y con quién?

—Gon mi papá. Ella sa astá mi madre.

BELORCIO

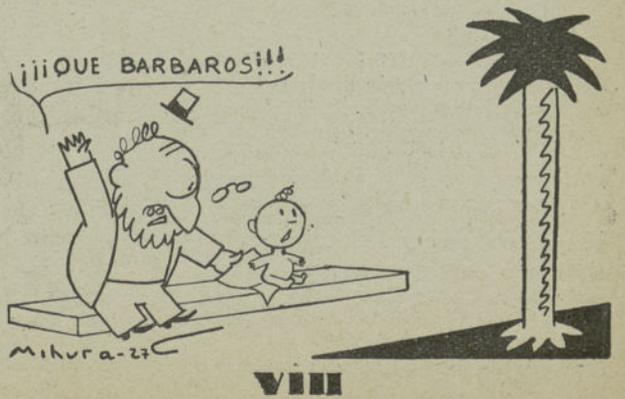
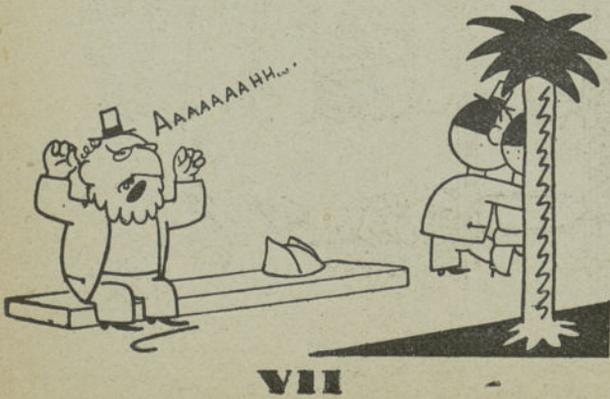
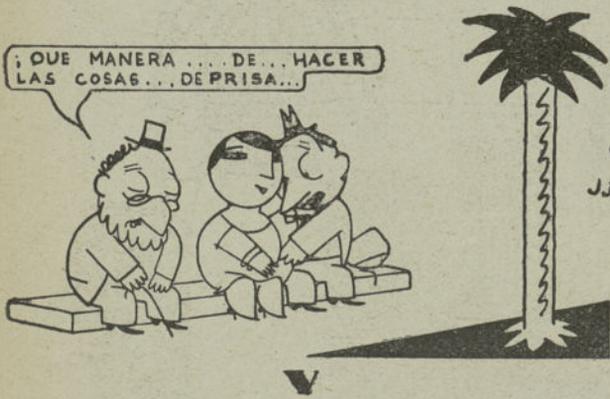
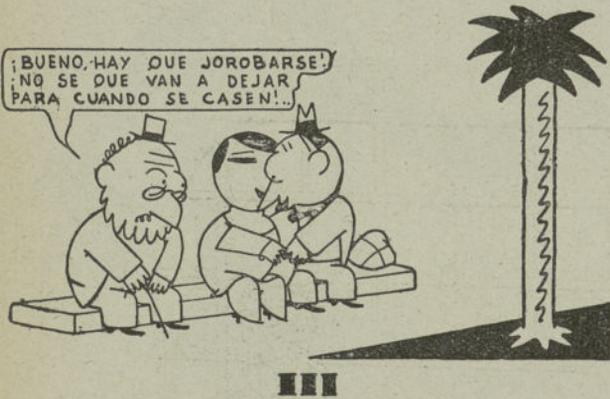
Nuestro extraordinario de Primavera será algo deslumbrador y desbordantemente congosto.



El.—Siempre me ha gustado hacer las cosas muy despacio.
Ella.—¡Menos mal que en algunas cosas me conviene tu tardanza!

Dib. de Goñi.

EL SUEÑO, por Mihura





Charlas de Incórdiez

He sorprendido unas cuantas conversaciones que no quiero que se pierdan mis lectores: Alguna de ellas, fué oída fraudulentamente, haciéndome el distraído, para ir acortando la distancia, y hasta ocultándome tras de las cortinas y escuchando a través de las puertas. Hélas, tal y como fueron oídas.

—Parece usted preocupado don Ludovico.

—Sí; con usted tengo confianza, y, además, necesito desembuchar con alguien; voy a consultarle mi caso, si me promete ser discreto.

—Hablaré menos que un meritorio en su primera salida a escena.

—Pueden bien; sospecho que mi mujer, que como usted sabe es joven todavía y guapa de veras, empieza a olvidar sus deberes de esposa: se pinta más que nunca, se viste por dentro como para hacer una colección de postales *peppermint* y no me hace el menor caso... ¡Y lo raro es que no sale nunca de casa como no sea en mi compañía!

—¿Qué clase de hombres entran en su casa?

—¡Pues eso es lo chocante!, que en mi casa ahora, a más de las criadas, no entra más que una francesa—guapísima por cierto—que da lecciones en su idioma a mi mujer....

—¡No me tija usted más!... No deben preocuparle a usted ni el desvío de su mujer, ni su acicalamiento, por estar linda... ¡Está tonteando!

—¡Chico, vistes que deslumbras! Ya te he visto cuatro trajes esta semana, y no creo que, como tú no tienes oficio ni beneficio, sea tu padre el que sufraga, porque tu padre no ganará arriba de seis pesetas como cobrador de esa Agencia de Seguros Colaterales.

—Es que desde hace tres semanas o así, estoy al servicio de un matrimonio riquísimo en funciones de secretario.

—¿Al servicio de ambos?

—Sí; pero en realidad... el que más me ocupa es él.

¡Pero tonta si no hay peligro en que vayamos al "cine" con ese señor tan generoso!...

—¡Calla, no me digas que no, porque el otro día fuí con tu prima y dos señores a un palco del Ideal Congosto creyendo que se trataba de mariposear en derredor



AMAZOS 27

—Tú vienes conmigo ahora y le armamos un escándalo a ése para que no se ría de ti.

—¡Mira que es campeón de boxeo!

—¡Y yo soy campeona de "chaiselongue"!

Dib. de Herreros.

del pecado y... ¡a poco me hacen cliente forzosa del doctor Chacón!

—¡Chica, yo no me depilo el vello de las piernas!

—¿Me harás el favor de explicarme el porqué? Tú sabes mucho, y cuando has tomado esa determinación habrá su "porqué".

—Pues por la sencilla razón de que he observado que los tíos cambian de color cuando me ven con las medias transparentes. ¿No comprendes, tontina?

—¡Ya caigo, ya caigo!... Claro... esa vellosidad de tus piernas es ¿cómo diría yo?... sí; "a cuenta de mayor suma".

—¡Estamos de enhorabuena, chica! ¿contentas?

—Porque ahora dicen que no hay pornografía en que llevemos la falda muy corta, sino en que nos sujetemos la liga muy alta para que no se nos vea.

—¡Pues me voy a hacer una falda para llevar la liga en la cintura!



POSITIVISTA, por Mouro.

Ella.—¡Ay, qué bienestar!... Aquí se le abre a una el espíritu a las ideas elevadas.

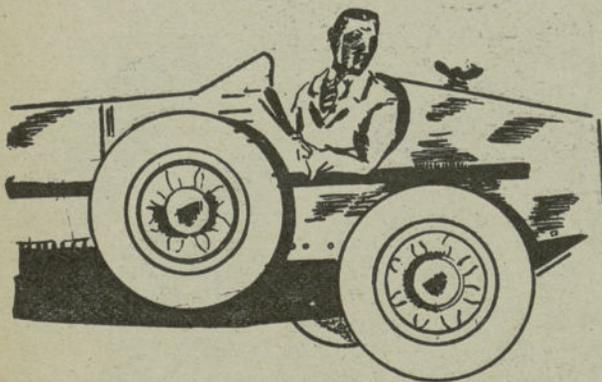
El (aparte).—¡Pues te vas a caer!

—¡A mí no me decoras el cráneo porque te masco las mollejas! Así es, que ya lo sabes: en casa no vuelves a recibir más visitas...

—¡Pues no sé cómo me las voy a arreglar!... Porque yo no quiero recoger las facturas de tu sastrer en un "sommier" extraño!

Vuestro hasta el relincho agudo.

INCÓRDIEZ.



OXFORD.

OFRECIMIENTO, por Oxford.

—¿Vienes, chica?

—¡Imposible! En un sitio tan incómodo, de ninguna manera.



Club Incórdiez

En el presente número va lo de nuestro hermano "Castañas Bis". No os dedico más espacio, porque estoy demente con el Extraordinario de Primavera.

Un pobre confitero

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre me acuerdo, pero no digo, tuve el gusto de oír cantar a los gallos la vez primera, la después descacharrante Aurelia raita. Y digo que oyó cantar a los gallos, en lugar de decir que vió alborear, toda vez que las dichas aves tienen el encargo de tocar diana a Febo para que se levante. (Me parece que esto de alborear y de Febo viste más que un traje de pana, ¿no?)

Cuando Aurelia tenía o contaba diecinueve añitos, entusiasmaba a los pollos y no solía oír cantar a los gallos, porque se levantaba tarde. Era a esa edad una estupendísima hembra, capaz de hacer pecar a un setentón, aunque no fuere más que de lengua. ¡Qué de redondeces! ¡Qué de curvas! ¡Qué de belleza! ¡Qué... dese para los que la conocimos la indefinible sensación que producía adivinar sus magníficos senos, sus pomposas caderas, su talle esbelto, sus piernas macizas, sus piecitos estilo panecillos por lo minúsculos.

Al cumplir Aurelia los veintún años no se necesitaba en su pueblo carne congelada, pues con sólo contemplarla se daban sus paisanos unos banquetes, que ni elhogabalo y a esa edad, en virtud de una imposición de su codiciosa señora mamá, contrajo matrimonio con un confitero de su mismo pueblo, clarísimo ejemplo de la ley de las compensaciones, pues tenía todo escaso menos la bolsa.

Enteco y esmirriadillo, Luis Toro, no era el marido más a propósito para nuestra heroína, que casi desde el primer día se vió condenada a una larga dieta de esposo, a pesar de que le cantaba con frecuencia aquella copla de "¡Apriétate contra mí como el autobús...!"

La parroquia de la confitería aumentaba entre tanto, pues encargada del despacho la apetitosa hembra, sus paisanos acudían como moscas en busca de caramelos y confites, por ver si podían conseguir de ella una sonrisa, que consideraban más dulce que el turrón ¡ay!, y era capaz de achicar a sus ojos a todos los fabricantes de caramelos de Hellín, Badajoz, Almendralejo, Madrid y demás pueblos azucarados de la amargada España.

Un día, se presentaron en el establecimiento que Aurelia regentaba, dos mocitas.

—¿Qué desean?—preguntó complaciente la confitera.

—Veníamos—dijo una de ellas—para ver si podrían cedernos, aunque no fueran más que media docena de huevos, porque no encontramos en todo el pueblo y mi padre, que está a régimen, no puede comer otra cosa.

—Preguntaré a Luis si le es posible

cederlos. Hagan el favor de esperar un momento, dijo la estupendísima Aurelia, lanzando un suspiro al pensar que también ella estaba a régimen, aunque no a base de aquel alimento, y pasó al obrador a consultar al marido.

Aguardaron impacientes las mocitas, hasta que la confitera apareció por fin con el siguiente recado.

—Me ha dicho Luis, que lo siente

mucho; pero que no puede ceder a ustedes esos huevos, porque con los que tiene, apenas si puede medio cumplir con sus compromisos.

CASTAÑAS BIS.

Del Club Incórdiez y Vice-Presidente de la "Peña Canilla".
Manzanares y marzo 1927.

Las mejores fotografías del mundo; los mejores dibujos; las más divertidas historietas... Suponemos que habrán comprendido ustedes que lo que antecede se refiere al Extraordinario de Primavera.



HABLANDO CON UN RETRATO, por Picó.

—¡Pobrecito mío, lo que te espera cuando regreses! Con lo que me gustas y los dos meses que llevamos separados, no te voy a dejar que te separes en quince días.

Una pareja negra

Son dos *productos* de la moda en nuestra civilización de Occidente. Josefina Baker, la "estrella" del "charleston", del baile negro; Alfredo Brown, triunfador en el "ring". Una y otro "stars" de los deportes avanzados—el baile en su aspecto más "d'avant" y la "boxe", deporte del futuro (el "football" en su apoteosis, iniciación paradójica de todas las decadencias)—, "stars" en esa constelación empavonada de los triunfadores negros.

¿Soñarán a veces en el tráfigo de París, la ciudad-luz, con la calma perfumada y sensual de su colonia tropical?, o seres de adaptación, ¿preferirán un crepúsculo abigarrado en las rúas céntricas al ambiente encalmado que huele a plátanos y a carne tostada de misionero? ¡Cuántos blancos mediocres, vulgares u oscuros envidiarán la vida de destello de esta pareja negra!

Su idilio dinámico, fotogénico, de actualidad, es la sonrisa de un dentífrico en el "news zine" policromo que siempre es París, como antes Bagdad o Babilonia. Su vida, ahora, es gráfica, como una portada de novela americana o latina de nuevo tipo, policroma también. Su indumentaria, sus ocupaciones, su tez, son policromas. Todo en ellos es policromía; por eso dan a París ese azul de Oriente y borran el gris de sus tejados emplomados y su niebla otoñal.

El negro ríe, siempre ha de reír ¿a qué si no su luminosa dentadura carnívora y sus labios ocre, un círculo malogrado? Baila Josefina y baila Alfredo en la lucha; su agilidad y su poco peso le dan las ventajas sobre sus rivales, les aturde la danza simiesca de Brown, que descarga puñetazos como se mueven las cazoletas de la cruz que marca la dirección del viento, una consecuencia de su marcha.

Arrencia la literatura contra la modernidad y las multitudes, selectas a veces, con su buen criterio marchan apretando el paso hacia los abismos que la literatura avisa. Y es que las muchedumbres tienen criterio y son una actividad que no se detiene, estática, crítica a contemplar para juzgar luego. Porque cuando se producen la acción y la crítica, su contemplación, se logra lo genial o las comedias del señor Linares Rivas.

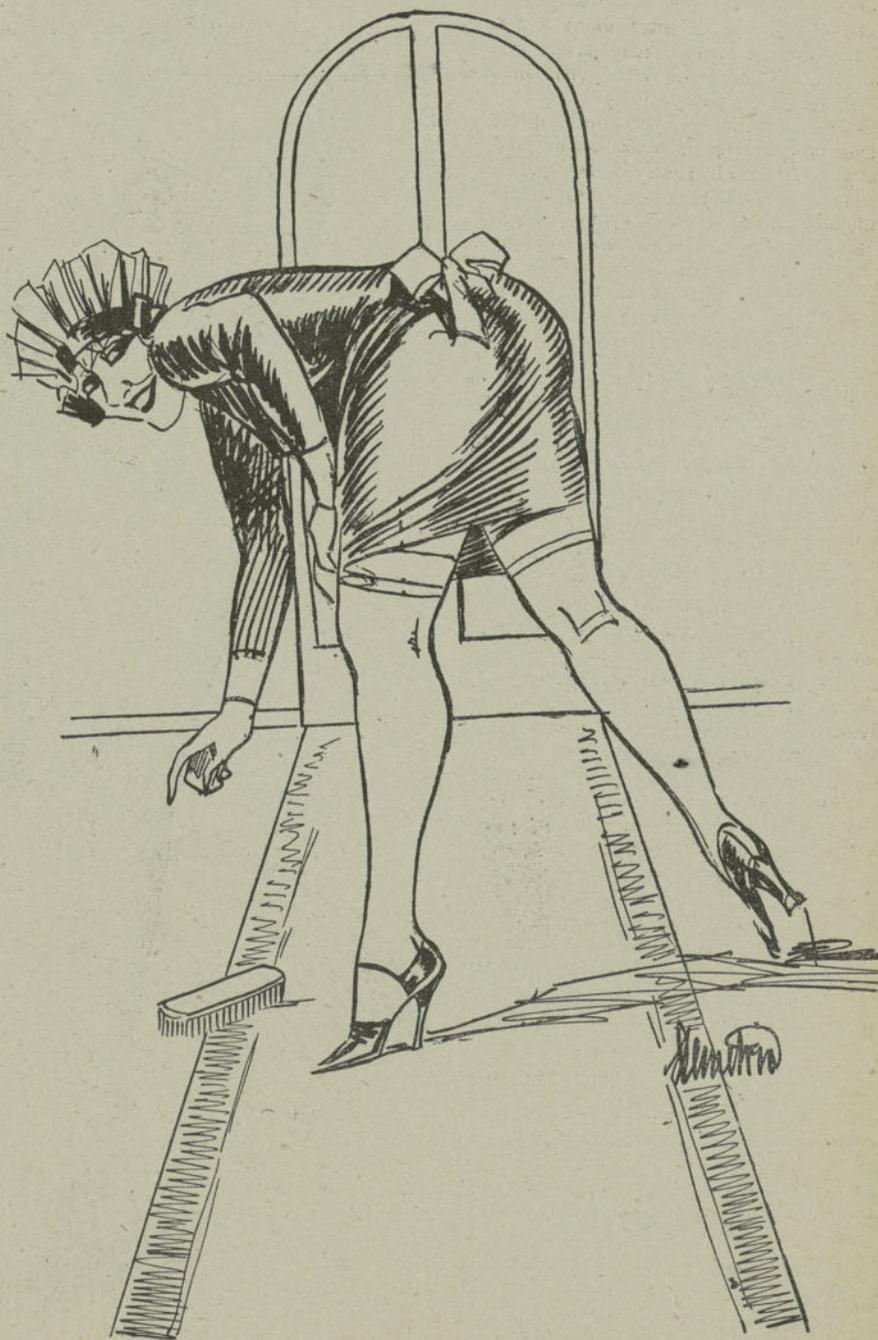
Hay quien afirma el humorismo como la literatura del porvenir: cuando el hombre vea que ha venido para reproducirse tan sólo, y se convenza de que sus ideales son disparos inciertos hacia un interrogante. Yo creo más en el lenguaje sintético, cinematográfico, sobre todo; si los higienistas triunfan, médicos del futuro, y el primer jalón de su

definitivo edificio, único mausoleo de todos los demás espectros, falsos fantasmas, una realidad sostenida como tal por la realidad que, aunque no quieran, es la vida, sería una muchachita, doncella, joven, bellísima y moderna que se suicidara; mejor aún un varón, financiero o regidor de pueblos, que se envenenara el día de la ceremonia. Pero el humorismo aún no ha tenido sus mártires—y esto hace sospechar su vida in-

acabable—, y no creemos disponer de un espontáneo para este sacrificio (?).

Esperemos la unión de esta pareja y, más tarde, su fruto, un boxeador que en la pista será un bailarín y un bailarín que en el "encerao" sea un púgil. Y, más tarde, presidente jefe, gran rector de los Estados Unidos de Europa.

ANGEL DE LAS BÁRCENAS.



(Nos hemos olvidado de ponerle pie a este mono; perdón.)

Dib. de Demetrio.



¿Han visto ustedes la cantidad de conciertos que van ejecutados en cuestión de pocos días? Según cuentas superficiales, caminamos por el ciento.

Porque es lo que decía ayer un filarmónico:

—Bien está esto de los conciertos, pero... con ciertos calderones.

Pues no hay que olvidar que todo es música.

Según afirma un sabio inglés, gracias al empleo de los rayos ultravioletas, dentro de poco se podrá saber la pureza de varios productos, entre ellos la lana.

Esto nos aterra. ¡La de impurezas que se van a descubrir en todos los colchones del Universo!...

En Inglaterra, un diputado conservador ha tenido la avilantez de proponer que se cree un impuesto sobre los sombreros de las señoras. Y el Ministro de Hacienda, justamente alarmado, rechazó la proposición.

El caso no era para otra cosa.

Porque es lo que decían ellas:

—Eso de los sombreros, que se les quite a ustedes de la cabeza.

El boxeo está haciendo prosélitos entre el género femenino de un modo ferroz.

Días atrás dos preciosas horizontales

Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.

«SECRETO FAUST», infalible

¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid

Apartado 1.236. Madrid

discutían con calor comentando uno de los últimos combates.

—Yo—decía una—prefiero mejor a Cola que a Rayo.

—No sé por qué—argüía su compañera.

—¡Ay, hija! Porque tiene más acometividad que su contrario.



UNA NIÑA "BIEN" EN 1929, por Picó.

La señorita.—¡No le vayas a decir a mamá que me voy a picos pardos!

¡Vamos por partes!

(DISECCIÓN FEMENINA)

Es cosa probada que la mujer es la razón suprema de nuestra vida. Esto de que la *mujer es cosa probada* claro es que no reza con todas; pero la que no esté dentro del hecho merece estarlo; así es que, al hecho de decúbito supino.

La mujer en su totalidad o en partes es merecedora de una loa. Todas sus partes son deliciosas, pues poseen un distinto encanto y esos encantos aislados son los que pretendo loar en esta modesta croniquilla.

El cabello de la mujer es una tentación a la caricia sensual y refinada. Invita a hundir las manos entre él, mansamente... suavemente... con arrullo... A veces, también le hace a uno sentir deseos de hacer el indio comanche y arrancárselo para fabricarse un trofeo, pero eso, no es siempre... nada más que cuando se ponen espiritualmente a cuatro pies...

Desde Cetina a Campoamor se ha dicho ya cuanto se puede decir en



—¡Pues, señor; estas medias más parecen una mesa de juego, y yo parezco un policía!... No hago más que coger puntos.

Dib. de Ledesma.

loor de unos ojos femeninos. El poema, pues, ya está hecho. Sin embargo, está incompleto.

Hay ojos que nunca se alabaron o se alabaron *sotto voce* y eso es injusto, porque no carecen de encanto.

Aun ateniéndose al refrán de que ¡ojos que no ven!...

Porque de gustos no hay nada escrito.

Una boca de mujer es una sima de pecado y perdición.

(Esto, si no lo dijo ningún vate lo digo yo y está muy bien.)

En esta peligrosa sima se hundieron muchas vidas creadas para el amor, para el placer, para el triunfo...

¿Paradoja? ¡No! En Echegaray podrían documentarse ampliamente sobre el caso los escépticos.

¡Oh, las manos de las mujeres! ¿Quién será el guapo capaz de elogiar con toda su grandeza las manos de la mujer? Sólo el poema del silencio con toda su grandeza está capacitado para hacer la glosa de esos manojos de capullos suaves y rosados. Una película dedicada a ellas sería su mejor poema de exaltación, porque las manos de la mujer se hicieron para el cine...

Los senos... he aquí los manantiales de la vida, ubérrimos y creadores que tantos nombres gloriosos legaron a la historia alimentados por su jugo vivificador.

(Esto me parece una perfecta idiotez cursi, pero es elegantísimo.)

Ellos nutrieron nuestros cuerpos en la lejana infancia y nos inculcaron la obligación de amarlos eternamente.

Yo, por ello, cuando veo un tierno bebé, glotón y voraz que se prende a ellos con esa fruición concurrente en los chavales, retorno al pasado; siento el atavismo vibrar en mí y me acometen unos deseos devoradores de dirigirme a la primer ciudadana bien puesta de ubres que pase por mi lado diciéndole:

—¿Me permite usted que me siente bebé?

Y hemos llegado a los pies. Yo de aquí ascendería rápidamente después de besarlos con galantería, pero no me atrevo. A la postre los pies de ellas le dan a uno pie, las más de las veces, para detenerse ante ellos por mucha prisa que se lleve en el viaje.

Un pie femenino bien calzado y sabiamente exhibido, puede hacer variar el destino del mundo. Son muchos los



—¿Sabes que Juanita se casa con un viejo que tiene tres millones de pesetas?

—¿Y se casa por amor?

—Sí; por amor... a los tres millones.

Dib. de Mijangos.

casos de que altivas coronadas testas cayeron ante unos pies, y que por unos pies hubiese muchas testas coronadas.

Yo, ante dos pinreles como los que suelen ilustrar las portadas de nuestra revista, no puedo contenerme y caigo de rodillas. Después...

¡*Alea jacta est!*—que dijo el guerrero—. Me siento ante ellas humilde cordero o perro fiel y les lamo las manos. ¡En ese momento disponen de mí como de una sombrerera!...

Y aquí hago punto. Ya se que quedan algunas otras partes sin elogiar que son merecedoras de ello; pero... no me atrevo a seguir.

Queden en el rincón más oculto de cada uno para dedicarles la ofrenda merecida, que yo me voy a mi rincón a dedicarles la mía...

FIDEL PRADO.

**FOTOGRAFÍAS
SELECTAS: RARAS
Hermosas colecciones
10 Pesetas en sellos de Correos o giro.
Escribid a Excelsior, Poste Res-
tante Central.
BORDEAUX (Francia)**



LO QUE ELAS QUIEREN.

"Si el alma de la mujer es un secreto, ¿por qué un secreto no es un alma de mujer?"—Pensamiento del autor, que lo firma Linares Rivas, lo dice Thuillier en Lara y se viene el teatro abajo de frenético entusiasmo. Ahora, que lo digo yo, y como si les dijese a ustedes que los canarios flautas no leen nunca el *A B C*. ¡Y es que así está el mundo! ¡Que no hay manera de ganar dos pesetas honradamente, caballeros!...

El hombre es un objeto idiota que sirve para entrar en los estancos y pedir cajas de cerillas.

Además de esto, los hombres servimos para estas otras cosas absurdas que les voy a colocar a ustedes.

Para llenar las plumas estilográficas.

Para clavar tachuelas en los muros cuando hay que colgar un cuadro en el comedor.

Para buscar un buen punto en la galena.

Para arreglar los enchufes.

Para hacer trabajar al doctor Pellejero y a otros especialistas.

Para poner las persianas.

Para llamar al sereno.

Para confeccionar niños raquíticos.

Para buscar palabras en el Diccionario.

Para tocar el timbre cuando llegamos a casa acompañados de una señora.

Para cerrar los baúles.

Y algunos llegan en su idiotez a un extremo exagerado, y sirven para trabajar.

Y claro, el hombre sabe esto, está percatado de su habilidad y de su talento, y perora:

—¡Somos más grandes que una caja de galletas de 14,35!

Nos creemos que sabemos mucho, y sabemos menos que la loncha de jamón del bocadillo de un ambigú.

Y además perdemos el tiempo, como las agujas las señoras de setenta y un años.

Hoy día nos reunimos cuatro amigos, nos fumamos media cajetilla del que

tiene más cara de primo, y decimos lo siguiente:

"Conversación que invariablemente sostenemos los hombres desde los diez y siete años hasta los treinta y dos, en cualquier parte donde nos encontramos."

Amigo primero (joven de veintitrés años, con más granos que una espiga, y que la única aventura galante que ha tenido fué una vez que iba en la plataforma de un "17", por Hortaleza, y le tocó una dama al lado que le hizo cosquillas en los riñones. Claro es que des-

pués notó que la aludida parcheadora había quitado el reloj, 3,50 que lleva en el chaleco, el cinturón y una boquilla de ámbar, y no le quitó el dolor de cabeza que poseía porque la joven se percató, que si no hay que dejar el sello "Yer" para franquear una carta).—¡Chicos, vaya gachí que acabó ver!

Amigo segundo (que tiene veintidós años y que se muerde las uñas con frecuencia y con los dientes).—¡Hay tía!

Amigo tercero (veinticinco primaveras y cara de idiota. Es el que da los puros y presta novelas verdes).—¡Es cada día están más ricas las fulanas!

Amigo cuarto.—¡Se ve cada individuo!

Amigo segundo.—¡Qué tías!

Amigo primero.—A mí cada día gustan más las fulanas!

Amigo tercero.—¡Y a mí!

Amigo segundo.—¡Y a mí!

Amigo cuarto.—¡A mí también!

Amigo tercero (que es un observador).—¡Es que están colosales!

Todos.—¡Sí, sí, sí, sí!... ¡Tienes razón, tienes razón!...

Amigo segundo.—El otro día me dijo que para poner *ruchas* a las mujeres lo mejor es hacerlas cosquillas en los sobacos.

Amigo primero.—¡Esas son gaitas! Digan lo que digan, lo mejor es cargarlas. O sea, que tú estás con una mujer en una habitación discreta, y cu-



La gorda.—¡Pues una cosa así es un cabaret a las dos de la madrugada!

Dib. de Bellón.

do ella se crea que tú vas a hacer lo que todo el mundo, lo que haces es sentarte en una mecedora y estarte allí cuatro o cinco horas sin hacerla caso. ¡Eso es lo definitivo!

Amigo cuarto (que domina el esperanto).—*¡De nen!* Lo que hay que tener con las mujeres es gracia. Se las dice cuatro chistes y dan patadas de satisfacción.

Amigo tercero.—¡Esas son tonterías! El sistema mejor es meterlas pajitas en las orejas...

Y así se pasan cinco horas explicando trucos, cambiando impresiones, ideando proyectos, cosa que no sé a qué viene.

Y si por una chamba del destino encuentran una joven con quien hacer experimentos, en cuanto la tienen cerca dos minutos se les olvidan todos los procedimientos de que hablaron, y lo único que hacen es meterla mano a un muslo como el cabrero más analfabeto.

¡A ver!

Lamentación.

¡Y es que saber lo que ellas quieren, lo que ellas anhelan, lo que esas cabezas locas necesitan, lo que esas almas extrañas desean, es difícil, como ponerse un cuello de pajarita!...

¡Qué horrible es esto!

¿Qué quieren? ¿Es una frase romántica? ¿Es una palabra atrevida? ¿Es un cinismo exagerado? ¿Es una longitud extraordinaria?

¡No sé! ¡No sé!

¡Se vuelve uno loco y no acierta a descubrirlo!

Y así pasa uno por la vida con la constante duda, con la eterna cuestión, con el igual comentario!...

¡Oh, Dios mío!

¡Qué arcano insondable es la mujer!

¿Qué querrán ellas? ¿Qué necesitan ellas para querernos con un amor sin límites? ¿Qué necesitan para decirnos palabras de amor? ¿Qué necesitan, señor, qué necesitan?

Un amigo que está a mi lado y que es muy bruto, además de ser literato:

—¡Pues...!

Yo.—¡Caray! ¡Entonces yo no sirvo! ¡Esperaré a ver si crezco!...

(Fin de la dolorosa lamentación.)

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)

Madrinas de guerra

Las solicitan:

José Oliva Navas; Vicente Garán Sáez; Eusebio Besa; Rosendo Gómez; Manuel Carvajal; Marcos García; Miguel García y Antonio Pajes: Regimiento de Zapadores Minadores, Compañía Expedicionaria, Tetuán.

Pedro López de Castro y Martínez; Alfonso de la Rosa y Navarro

y Carlos Echegaray y Ruiz-Crespo: Comandancia Militar de Alcázarquivir, Marruecos.

Oliverio Thores Ripell: Agrupación de Artillería de Campaña de Melilla. Botiquín del personal.

A. A. M.: a D. 1.313; S. G. B.: a S. M. 1.416. Regulares de Al-

hucemas, núm. 5., 2.ª del 3.º. Xauen.

Luis Medrano; Domingo Martínez; Fulgencio López; José García y Carlos Guzmán. Base de Hidroaviones de Atalaya. Melilla.

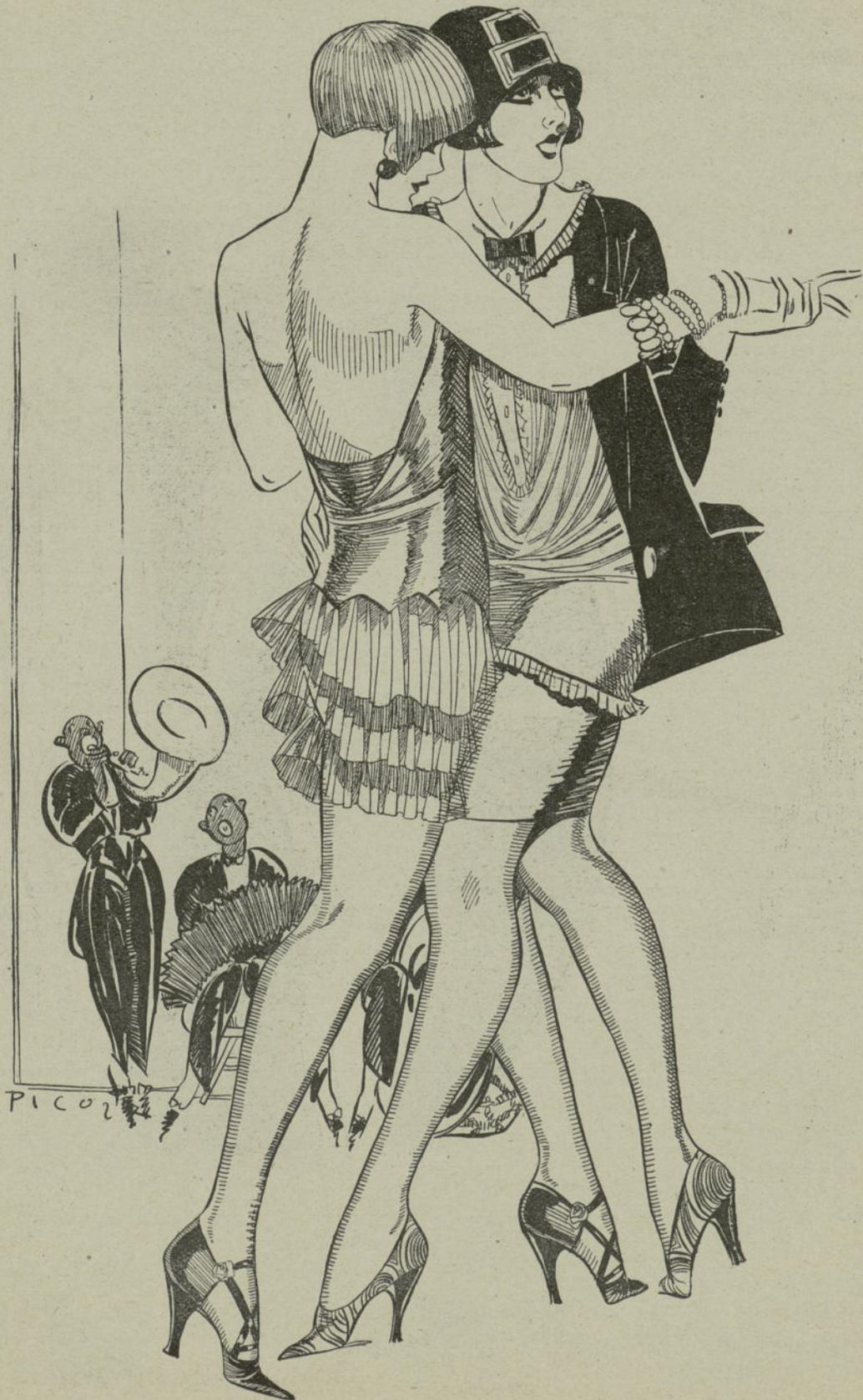
Landrú (no podemos indicar su graduación): Regulares de Larache, núm. 4. Larache.



—¡Chica, qué bien te sienta la chaqueta!

—Sí; no me sienta mal, pero me acuesta mejor.

Dib. de Picó.



—¿Sigues con el charleston?
 —No; ahora estoy por su hermano el Manitas.

Dibujo de Picó.



Cuentos al oído

A enemigo que huye ...

Cuando ya había entrado en la madurez de su vida, el sesudo barón de Arrayanes, cometió un pecado cadetil. ¿Contra quién?... Por lo pronto, contra una magnífica muchacha granadina, llamada Carmen, a cuyos padres convirtió en abuelos, sin mas autorización que su capricho. Luego, en definitiva, contra sí mismo. La tal muchacha tenía un hermanito que, en viéndose con un sobrino, tomó en trágico su papel de tío y fué a ver al barón, dispuesto a volver por la honra de la familia.

El barón quiso arreglar el negocio con dinero. El hermano, sin embargo, quiso arreglarlo a palos. Dedicóse a buscar al aristócrata por todas partes, y, en donde lo encontraba, lo cogía de la solapa, le sacudía el polvo convenientemente, le armaba unos escándalos mayúsculos y le prometía seguirle hasta el fin del mundo, mientras no se muriese. No hubo, pues, más remedio que claudicar. Celebróse la boda cuando ya el barón renqueaba de las palizas recibidas y lucía impresas en el rostro caduco las huellas de un espanto irrefrenable.

En cuanto contrajo matrimonio, el barón, para olvidar su malaventura, entregóse como un maniaco al estudio de las lenguas muertas, al que siempre había sido muy aficionado. El latín le enloquecía, el griego le causaba éxtasis, y, en cuanto al sánscrito, le llenaba de enajenación. Algo del polvo que emana de estas lenguas milenarias, pareció cubrir su persona. Un hombre gris, borroso tal se trocó el barón de Arrayanes. Mientras su mujer bullía en todo género de distracciones mundanas, sus amistades se redujeron a las de unos cuantos varones provecos que, con él, se daban a su misma manía y que, a veces, permanecían en su despacho horas enteras ante un librote roído por la polilla.

El barón hubiera sido feliz con este método de vida, a no ser que su mujer, la cual, dueña y señora de la casa, no lo dejaba en paz. La baronesa zaran-deaba a su marido, lo llevaba y lo traía, le perturbaba sus estudios, le aventaba libros y cuartillas o le espantaba a los amigos con desplantes desdeñosos y altivos.

—Me hiciste una desgraciada—solía decirle, no sabemos por qué—y, además, me amargas la existencia con tu indiferencia y tu abandono... He de ir sola a todas partes, en tanto que tú, hecho un buho, te mueres sobre unos librotos viejos... ¡Para eso no se casa uno!...

—Fué tu hermano el que se empeñó... —solía replicarle el barón para dejar bien sentada la verdad histórica—. Sin su mediación, quizá fuésemos los dos más dichosos... Yo conservaría de ti un grato recuerdo. Tú serías para mí la última flor abierta en mi jardín, la última fruta en sazón de mis agros... Yo sería, acaso, para ti...

—No te canses. Tú serías para mí la última calabaza de mi huerto, el último alcorcho de mi heredad... ¡Nada más que eso, estantigua!...

El barón, entonces, no rechistaba más. Sólo una vez intentó rebelarse contra su costilla; pero ella le hizo entrar en razón en seguida mediante dos o tres bofetadas apocalípticas. —Por lo visto, el sacudir leña de firme, era achaque de toda la familia—. Desde aquel día, pues, sufrió en silencio cuanto puede sufrir un hombre y aun en alguna ocasión, deseó morirse de tan desesperado como llegó a verse.

Al cabo de unos años, presentóse en Madrid un tal conde Krautssky, de Polonia, gran recitador de poemas y no-

table tocador de violín. La baronesa de Arrayanes y el conde polaco, se enamoraron rabiosamente el uno del otro.

Según la eterna costumbre, todo Madrid enteróse de las andanzas de la baronesa. Todo Madrid, menos el marido. El barón sólo pudo comprobar que, desde hacía algún tiempo, Carmen había dejado de perseguirlo y de torturarlo. Salía con más frecuencia, le permitía sumirse por completo en sus estudios favoritos y hasta saludaba a sus amigos con una amabilidad realmente encantadora. Muchos días hubo en que no la vió más que un momento, al traspasar grácil un umbral, pegados los brazos al gallardo busto y mariposeando las manos para calzarse los guantes. Toda su conversación fué acaso un "¡adiós!", vagamente silabeado por encima del hombro. ¿A qué se debería aquella tregua de Dios?... ¡Bah! ¡Qué le importaba!... El barón la aprovechó para preparar un libro sobre las *Sátiras* de Juvenal, libro que tenía pensando hacía muchísimo tiempo y que nunca había podido terminar. Y unas conferencias sobre Tito Livio. Y un cursillo sobre las tragedias de Esquilo. Y no sé qué otras cosas.

La felicidad, sin embargo, no suele ser duradera en este pícaro mundo. Cierta noche se le presentó al barón un duque, primo suyo, y, cuando ambos se hubieron encerrado en el despacho, el duque le dijo a quemarropa:

—Primo, me tiene aquí un asunto har-to enojoso. Sé que tú apenas te preocupas de tu mujer y así es posible que ignores la gran desgracia que pesa sobre ti. Si fuese sobre ti sólo, allá tú con tus pleitos; pero se trata del honor de toda la familia, puesto en entredicho por culpa de esa hembra fementida y eso no puedo tolerarlo. Tu mujer, barón, te engaña.

El barón quedóse atónito. No lo puso en duda ni un momento.

—¿Con quién?—limitóse a contestar al duque tras de una pausa prolongada.

—Con un conde Krautssky, de Polonia, que anda *reprisando* en nuestra tierra el papel de Don Juan. Es preciso que lo veas y lo retes a singular combate. Mancha que tizna en la honra sólo puede lavarse con sangre.



—No creo que sea capaz de hacer un hombre lo que dice esta novela. ¡Y eso que los he conocido decididos!

Dib. de Montero Bosch.

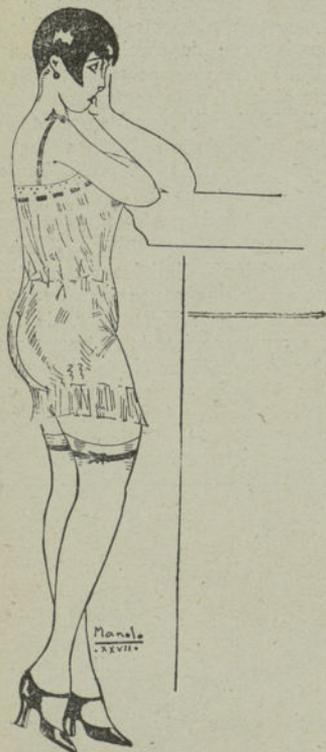
El duque agorero tieso y rígido, despidióse dejando al barón sumido en un mar de confusiones. Ahora se explicaba el cuidado el olvido en que lo tuviera su mujer durante aquellos últimos tiempos. La honda paz, la deleitosa soledad de que gozaron, debíalas a los devaneos de la baronesa. ¡Y todo iba a terminar como un breve paréntesis de ensueño!... ¡Y tomaría su vida anterior, angustiosa, de pesadilla, de tortura sin fin!...

De súbito, sintió al través de una recia cortina la voz musical de su esposa.

—¡Ahora debía salir y matarla! —masculló.

El barón, sin embargo, no se movió de su asiento.

Cierta tarde, después de satisfacer sus ansias carnales, el conde Krautssky y la baronesa, charlaban en la alcoba de ésta. El conde, sentado en una sillita baja, junto al lecho, fumaba un cigarrillo aromático. La baronesa, casi desnuda sobre las revueltas ropas, tendía hasta el suelo el doble péndulo delicioso y encantador de sus piernas inquietas. Los ojos revelaban una gran inquietud, una infinita tristeza. Los amantes tenían pensado marcharse de España. Para ello necesitaban dinero. Y no lo poseían. El conde acababa de comunicar a Carmen el fracaso de sus ges-



FALTA DE CALEFACCION,
por Manolo.

—Esta noche no sé cómo lo voy a pasar sin calefacción; tendré que utilizar algún medio primitivo. Me tendré que meter una botella en la cama.



—¡Buéno, dentro de nada ya tenemos el verano encima! Yo, lo estoy deseando.

Dib. de Ledesma.

tiones acerca de un tío suyo, riquísimo, que se obstinaba en no darle un céntimo mientras viviera.

—¡Oh, el dinero!—hubo de exclamar el polaco tras de un silencio preñado de pensamientos—. Si lo tuviéramos, volaríamos como dos golondrinas vagabundas, lejos de este país, donde fuiste tan desgraciada hasta conocerme. Te arrastraría conmigo, se abrirían ante tus ojos nuevos horizontes, el mundo sería nuestro... Nuestra pobreza, en cambio, hará tarde o temprano, que te deje aquí sola, abandonada, triste... Y nuestros corazones destrozados servirán de pasto a los cuervos de la melancolía.

La baronesa, saltando sobre las rodillas de su amante y anudándole los brazos al cuello, exclamó entre sollozos convulsivos:

—¡Qué desgraciada soy!... ¡Qué desgraciada soy!...

Repetíalo una y otra vez incansablemente y, a cada movimiento de su cuerpo, descubría las rosas, los lirios, las anémonas de su carne adorable, recién macerada por el amor devastador y frenético.

De pronto, los amantes miraron atónitos a la puerta de la alcoba. Por debajo de ella aparecieron misteriosamente dos papeles. Corrió el conde a cogélos. Uno era un cheque en blanco. Otro era una cuartilla. El conde pudo decir, después de haber paseado los ojos por ella:

—Mira... mira... Es de tu marido...

La baronesa leyó:

“Querfais dinero para huir. Ahí lo tenéis. Marchaos. Pero ¡al instante!... Si cuando vuelva de mi paseo os encuentro en casa, os mataré como a dos perros. Mi enhorabuena, señor conde, y mi agradecimiento... Llévase a mi esposa lejos, muy lejos... Desde donde no pueda volver nunca...”

Los amantes se contemplaron silenciosos. El polaco tembló un poco. Carmen, fruncido el entrecejo, tenía unos ojos torvos, hostiles, crueles, desconocidos por él hasta entonces...

JOSÉ A. LUENGO

No se habrán gastado ustedes una peseta mejor gastada que la que empleen en nuestro extraordinario de Primavera.

Correspondencia particular

M. A. N., Valencia.—No está mal, pero tiene un final muy frío.

Lama.—Son muy flojísimos los dibujos.

F. O. P., Uncastillo.—También es muy inocente el trabajo. En cuanto a la devolución, lea el final de esta sección.

Miguel Monje.—Vamos a complacerle inmediatamente publicando su composición ya mismo. En una Revista cómica como la nuestra no puede faltar esa nota por usted dada. Allá va.

POSESIÓN

Tus cabellos dorados mecíanse en la
(almohada
contrastando con ellos la pureza de las
(nibeas sábanas;
tu boca estaba seca, tu mirada era lán-

(guida,
un grito de lujuria de tus labios salió;
reías y llorabas. ¡Conociste el amor!

¡Eh, qué tal?

J. D., Huelva.—Es larguísimo. Mande otra cosa más corta o refúndalo.



UNA PREGUNTA, por Enciso.

—¿No les parece a ustedes mucha escoba para una casa en la que no se puede levantar el menor polvo?



Una escena de la hermosa película de la U. F. A. titulada "Fuego de amor".



*Para la revista "Bosquillas"
su admiradora
Victoria Pinedo*

La fragante belleza de Victoria Pinedo, la famosa tiple y elegantísima mujer, es hoy el mejor cartel anunciador de nuestro próximo extraordinario de Primavera, el cual irá a tono de este anuncio. (Lo que quiere decir en castellano y esperanto, que será una cosa como para pedir más, de bueno que va a estar.)